



CAPITULO VI

Prosigue la misma materia

Llegó por fin la noche. Afra había puesto á Narciso al corriente de cuanto acontecía, y rogóle encarecidamente que se acogiese al plan de salvación que ella había preparado. El santo Obispo y su diácono, aprovechando la oscuridad, para no ser descubiertos, y seguidos de Afra y sus criadas, se trasladaron á la casa de Hilaria, en la que fueron recibidos con grandes muestras de alegría de los que en ella moraban: *factum est gaudium magnum*, dicen las Actas; y añaden que el favor de la divina gracia fué allí tanto y tan eficaz, que la buena Hilaria, al oír las primeras palabras del Santo, se postró á sus plantas y estuvo por espacio de tres horas atenta á sus inspiradas enseñanzas, exclamando al fin:

—¡Señor! ¡haced que quede yo limpia de mis pecados!

Y San Narciso la dijo:

—Por dichosa podeis teneros, señora, con el favor que recibís del cielo; puesto que, antes de haber aprendido la palabra de verdad, habéis prestado asenso á la verdad misma, que el hombre puede apenas conocer después de habérsela mostrado. Y ya que os veo dispuesta desde luego á escuchar la voz de Dios, empezad á guardar saludable ayuno y continuadlo por espacio de siete días, durante los cuales oiréis mi enseñanza, y al octavo día todas quedaréis limpias de pecado, como niños que no tienen conciencia de culpa alguna.

Entonces dijo Hilaria:

—Para que mejor podáis mostrarnos el nuevo camino que debemos seguir, explicaré, señor, si bien os parece, la vida que hemos llevado y las erradas creencias que hemos venido profesando.

A lo que respondió el santo Obispo:

—El espontáneo ofrecimiento que me hacéis de confesar humildemente vuestros yerros, es garantía de la buena disposición en que os halláis para abrazar la fé que os anuncio. Podéis, pues, explicar las falsas creencias en que habéis vivido.

Hilaria prosiguió:

—Mis padres fueron naturales de la isla de Chipre y de allá trajeron el culto de la impúdica Venus, que erradamente hemos guardado. Ya sabéis que, según enseñan los

sacerdotes de aquella diosa, no hay para las mujeres manera mejor de honrarla que entregarse por completo á la prostitución; y por eso consentí en que la morada de mi hija fuese público lupanar, pensando equivocadamente que, con ello, tendría tanto más propicia á la diosa, cuanto mayor fuese el número de amantes que de las liviandades de Afra se aprovecharan.

Al oír tamaña miseria, el santo Obispo no pudo contener las lágrimas, y lleno de compasión hácia aquellas desgraciadas víctimas del espíritu infernal, dirigiéndose á su diácono, exclamó:

—¡Levántate, carísimo hermano! Lloremos amargamente tan horrenda iniquidad y roguemos humildes al Señor, para que donde abundó el pecado abunde aun más la divina gracia.

Postráronse al punto todos y permanecieron largo espacio atentos á la fervorosa oración de Narciso, hasta que vino á turbarla un suceso verdaderamente extraordinario. Refieren las Actas que venimos extractando, que en aquel punto se apareció el demonio en figura de un etíope, negro como el cuervo, desnudo y lleno de asquerosa lepra; y dando un espantoso aullido se encaró con el santo apóstol y le dirigió amargas reconvenciones porque le arrebatava las almas sujetas á su ominosa servidumbre. San Nar-

ciso le conjuró á que manifestase si sabía que nuestro Señor Jesucristo había sido escarnecido, abofeteado y maltratado con horribles tormentos, azotado, coronado de espinas, crucificado y finalmente muerto y sepultado, y á que dijese por quién había el divino Salvador sufrido tanto. El maligno espíritu, forzado por la prodigiosa virtud del siervo de Cristo, respondió que tenía perfecto conocimiento de todo esto, y que sabía igualmente que todos los tormentos del Dios-Hombre, lo propio que su triunfante resurrección, habían servido no sólo para redención del linage humano, sino además para dejar sujeto con ígneas cadenas al príncipe de las tinieblas, que tiene por nombre Satanás, esto es, principio de la muerte. Y el santo Obispo le mandó que se apartase inmediatamente de aquel sitio y dejase en paz á aquellas almas que iban á ser hijas amadas del Señor y herederas de la eterna gloria. Entonces el demonio, lleno de ira al ver que perdía su presa, desapareció dando espantosos alaridos.

Aquellas pobres mujeres quedaron horroizadas de tan horrible visión, y fué necesario que San Narciso las animase con nuevas é inspiradas exhortaciones, para que, depuesto todo temor, siguiesen animosas por el camino de su conversión, sin miedo á las amenazas del despechado enemigo.

El resto de la noche lo pasaron todos en fervorosa oración, atentos los catecúmenos á las palabras de consuelo que brotaban de los labios del Santo, y unidos en espíritu á los cánticos y salmos con que él y su Diácono estuvieron ensalzando las bondades del Señor y dando gracias al cielo por las bendiciones que empezaba á derramar sobre aquella nueva grey de Jesucristo.

A la mañana siguiente, apenas nació el día, presentóse otra vez el demonio repitiendo sus quejas y reclamaciones porque San Narciso le quitaba las almas que tenía ganadas para sí; y el Santo le conjuró de nuevo en nombre de Dios y le echó de aquel lugar, ordenándole que se dirigiese inmediatamente á los Alpes Julianos y diese muerte á un fiero dragón que con su aliento emponzoñaba las aguas de una fuente, de las cuales por tal motivo no podían beber los hombres ni los ganados. El demonio se vió forzado á cumplir el mandato de San Narciso, y mató á aquella dañosa alimaña, con lo que pudieron en lo sucesivo servirse del regenerado manantial los moradores de aquellas montañas (1).

(1) Hácese mención de este suceso en la vida de San Magno abad, caps. 2 y 4, con estas palabras: ...*Ad fontes Alpium Julianorum, ubi B. Narcissus Episcopus Tolessanæ civitatis jussit diabolo draconem interficere, quando Sanctam Afram convertit ad fidem.* Ya hemos indicado antes que los críticos Bolandistas enmiendan el *Tolessanæ* por *Gerundensis*.

Afra, su madre, sus criadas y los que en la casa de Hilaria vivían cobraron ánimo con la victoria que el santo Obispo acababa de obtener sobre el maligno inspirador de todos los enemigos de la Iglesia santa, y estuvieron varios días oyendo las enseñanzas con que su generoso libertador fué disponiéndoles para recibir el bautismo y entrar en el gremio de los fieles servidores de Jesucristo. Preparados con el ayuno, la oración y otras prácticas piadosas, llegó finalmente el día para ellos tan deseado, y fueron bautizados con grande regocijo de los varones apostólicos que veían coronado con feliz éxito el primer paso de sus trabajos evangélicos en aquella ciudad, y de los nuevos cristianos que adquirirían el inapreciable derecho de conseguir la felicidad eterna.

Bien pronto llegó á conocimiento de los parientes y amigos de aquella dichosa familia el cambio radical de vida y costumbres de sus individuos, á consecuencia de su conversión al Cristianismo, y quisieron todos oír la predicación de San Narciso, que poco á poco fué convirtiendo y bautizando á todos ellos. De estos, pasó la noticia á otros muchos que igualmente acudieron á nuestro Santo; y unos y otros salieron cristianos de aquella permanente misión. En poco tiempo creció de modo extraordinario el número de conversos, en términos que una gran parte

de los moradores de Augusta adoraron á Jesucristo, abrazando entusiastas y decididos su santa ley.

En esta grande obra emplearon San Narciso y su Diácono nueve meses, durante los cuales enseñaron á los augustanos las sublimes verdades de nuestra sacrosanta Religión y les animaron á seguirla y defenderla en todos tiempos y circunstancias, aunque para ello se viesen precisados á arrostrar los mayores peligros ó sufrir horribles tormentos y la muerte misma, seguros de que jamás había de faltarles el auxilio del Señor y la condigna recompensa en la vida que no tendrá fin. Pasado este tiempo y convenientemente preparado el terreno, San Narciso ordenó de presbítero á Zózimo, ó Dionisio como le llaman otros, tío de Afra y hermano de Hilaria; y convertida en templo la casa de esta última, pudo considerarse ya fundada la primitiva iglesia de Augusta, cuyos hijos se vieron no obstante obligados á mantener oculto á las miradas profanas aquel lugar, en que se celebraron desde luego y en cuanto fué posible los augustos actos del culto cristiano, á fin de sustraerse á la persecución de los gentiles que allí, como en todas partes, fué creciendo y generalizándose con inaudita crueldad.

Por fin, llegó el día en que San Narciso creyó cumplida su providencial misión, y

trató de disponerse á emprender su viaje de vuelta á Gerona. Entonces elevó á Zózimo á la dignidad de obispo de aquella naciente congregación de fieles; dispuso cuanto estimó necesario para que se perpetuase allí el ministerio sacerdotal, indispensable para el régimen y dirección del pueblo fiel; y despidiéndose para siempre de la nueva grey que dejaba instituída para Cristo, tomó en compañía de Félix el largo y trabajoso camino á través de las dilatadas comarcas que les separaban de su querido país natal.

Los auténticos documentos de que hemos hablado no descienden á más minuciosos detalles de los hechos que venimos reseñando, limitándose solamente á trazar las líneas generales de esta verídica historia en la misma forma y empleando casi las mismas palabras con que acabamos de referirla. No queremos, sin embargo, pasar adelante sin apuntar brevemente dos reflexiones que ella nos sugiere. Es la primera considerar cuán valioso ha de ser el patrocinio de un Santo tan esclarecido como nuestro ilustre tutelar, á quien confió el Padre celestial el glorioso ministerio de llevar la fé y civilización cristianas á un pueblo que yacía embrutecido entre los groseros errores del paganismo, levantándole de su abyección y dirigiéndole por los senderos de la verdad y la vida; lo que debe animarnos á honrarle y profesarle

la más afectuosa devoción, para merecer en nuestras necesidades el eficaz auxilio de su poderosa intercesión para con el Señor. Y es la segunda reflexión la consoladora idea de la bondad y misericordia infinitas de nuestro Dios, que no sólo se muestra siempre dispuesto á prevenir cuanto es necesario para socorrernos en las mayores necesidades de la vida y procurar nuestro bien temporal y eterno, como lo atestigua la providencial marcha del santo Obispo á una región menesterosa del apoyo de su misión apostólica; sino que está, además, siempre pronto á borrar nuestros pecados y acogernos en el seno de su divina gracia, mediante nuestra sincera penitencia, como así nos lo enseña la admirable mudanza de Afra, convertida de pública pecadora en mujer virtuosa y santa; lo que inspiró al venerable obispo ausonense Oliva las palabras con que en su aludido sermón nos exhorta á la imitación de las virtudes de nuestro Santo, con el fin de conservarnos en gracia de Dios, y nos recuerda la necesidad de que si, por desgracia, la enormidad de nuestras culpas nos empujase al abismo de la desesperación, busquemos remedio en la imitación del arrepentimiento de Afra y de sus compañeras, que, amaestradas por la doctrina del santo Apóstol gerundense, merecieron opimos frutos de gracia y justificación en Jesucristo.